

LA IMAGINACIÓN APASIONADA: A PARTIR DE CASTORIA- DIS

J. L. Rodríguez García. Universidad de Zaragoza

Entre los retos que debe abordar una obra colectiva el más peligroso resulta ser el de evitar la disgregación para no convertir el texto en una especie de inmensa vía Láctea de contornos indefinidos que difumine, a pesar de la intención de los autores, la semblanza y la voluntad del objeto teórico o autor abordado. Entiendo que *Fragmentos del caos* ha esquivado con suma inteligencia dicho reto conformando un coherente perfil teórico del quehacer filosófico de Castoriadis, que se suma a la ya abundante bibliografía del pensador que más insistentemente ha reforzado la función de lo imaginario en la producción de lo social –a pesar del lamento sobre un supuesto déficit crítico que abre la introducción de Daniel H. Cabrera (p. 15), quien, sin embargo, no desconoce la publicación de varios monográficos de relevancia y la atención mundial que ha provocado la obra del filósofo greco-francés manifestada en una ya importante bibliografía que puede consultarse, por ejemplo, en el apartado conveniente de una sugerente introducción de X. Pedrol de 2005. ¿Cómo se ha esquivado semejante dificultad? Desde mi punto de vista, intentando conjugar una adecuada contextualización de los conceptos y propuestas fundamentales de uno de los autores de nuestra actualidad que han propuesto con rigurosa seriedad una rearticulación de la filosofía-política que pone en cuestión, y de forma radical, la preeminencia del orden filosófico en relación al discursar de la política para reivindicar la consistencia filosófica de la praxis política, que es, al fin y al cabo, una forma de reescribir la filosofía: Castoriadis no pudo ser más claro que en el debate publicado en *Esprit* en febrero de 1977 y recogido posteriormente en *La exigencia revolucionaria*.

Obviamente, el asunto primero que interesa subrayar ahora es el de la contextualización de las propuestas filosóficas de Castoriadis. La consideración de la obra que nos ocupa aborda el reto desde perspectivas y distancias muy diversas. Entiendo que conviene vacunar contra una de las enfermedades seniles de la filosofía que consiste en subrayar posibles influencias cuando de lo que se trata no es de una contaminación textual sino de una pandemia epocal que instaura la fortaleza e inevitabilidad de

un imaginario, de una praxis, de un documento, de un régimen jurídico-administrativo o de una hoguera de rebelión que, indeterminada, no es sino ácido en la claridad deslumbrante del día que se supone eterno y feraz. Sea como fuere, las aproximaciones comparativas contribuyen a enmarcar la figura de Castoriadis: pueden resultar algunas forzadas – como la tejida en torno a los intereses comunes de Peirce y nuestro filósofo (Mc Nabb)-, un tanto desdibujadas –como parece ser la pretendida por Javier L. Cristiano al confrontar los modelos de Castoriadis, Bourdieu y Giddens-, o consabidas como las marcadas por Carretero Pasín, quien se ocupa en subrayar el distanciamiento de Castoriadis del funcionalismo, marxismo, psicoanálisis y estructuralismo, obviando que se trata de una relación edípico-filial. No obstante, acaso la marca esencial que cierra este meritorio intento de contextualización sea la recogida en el artículo de Anzaldúa Arce que resume su intención advirtiéndolo que “la teoría del sujeto de Castoriadis cuestiona el antagonismo de dos grandes tradiciones del pensamiento filosófico occidental”: la que sitúa al ser humano como identidad impermeable al influjo de la historia y de la sociedad y la que lo concibe como determinado en su ser”. Es correcto que se hable de “dos grandes tradiciones” y no de las dos grandes tradiciones por cuanto sería posible rastrear e indicar variaciones sustanciales en cada una de ellas y, desde luego, presencias constituidas al margen de una y de otra.

En efecto, Castoriadis se mueve en el complejo territorio de una concepción del sujeto que pretende conjugar individualidad-autonomía y determinación-poder. Toda su obra se desenvuelve en torno a este esfuerzo cuyas consecuencias e implicaciones son consideradas en lo que podríamos entender como segunda serie de los artículos que componen Fragmentos del caos.

“La obra de lo imaginario trabaja en la sombra” (p. 290), subraya Sánchez Capdequí, como si quisiera advertirnos de la dimensión y problemas de la concepción de lo imaginario que desarrolló teóricamente Castoriadis y que animó su praxis de la autonomía proletaria, antiburocrática y a-partidaria. Es difícil trabajar en la sombra... Por esto mismo es sumamente meritorio el empeño centrado en la extracción de una fijez conceptual de lo imaginario para Castoriadis. Pero la aventura parece orientada con buen destino a partir de la muy pertinente distinción introducida por Daniel H. Cabrera entre “filosofías de la imaginería” y “filosofías de la imaginación” (pp. 19 y ss), que permite marcar con claridad el territorio específico de la pretensión de Castoriadis que se alejaría de

las construcciones que piensan “lo imaginario” como “contenido y producto de la imaginación” para centrarse en una comprensión de lo imaginario “como potencia de creación inmotivada” o como construcciones de sentido que ser revelan como “la creación incesante e indeterminada de figuras, formas, imágenes, que actúan como significaciones, en tanto que a partir de ellas las cosas, los hechos, los procesos, etc., cobran sentido (Anzaldúa Arce, p. 191) para conformar el campo social desde una perspectiva macro hasta realizaciones singulares y propias como la referida con cuidado y sano atrevimiento por J. Beriain.

La distinción es pertinente –dejando a un lado la discutible nómina de los autores referidos a lo que sean “filosofías de la imagería”. Máxime si cabe porque contribuye a centrar la concepción de lo imaginario en Castoriadis en tanto maquinaria de la producción y constitución social. Entiendo que dicha distinción fundamenta las tres dimensiones esenciales de lo imaginario en Castoriadis sobre las que se insiste con rigor y acierto en varios de los textos que motivan este breve comentario. Por un lado, el carácter de la producción radical de la imaginación como incesante maquinaria constituyente, aspecto al que se refieren Cabrera (p. 28) y Pedrol (p. 77), que, en segundo lugar, es efecto de un sujeto colectivo y anónimo –aspecto que marca la tajante distancia entre la contribución política de Castoriadis y algunos de los panoramas teóricos del marxismo escolarizado- y que, por lo mismo, finalmente, opera sin límites prefabricados, indeterminados por la naturaleza de lo que es, como si lo imaginario brotara de una ensoñación creadora que abomina de lo real o que, al menos, cuestiona fuertemente la atención a su pertinencia e imposición. De esta manera, Castoriadis acentúa la idea de que, como indica con exactitud Yago Franco, la subjetividad humana “es esencialmente proyecto” (p. 161) que se revela en diferentes panorámicas (cfr. pp. 166 y ss).

Es importante que una aproximación regida por la afabilidad y la intención del encuentro no esquivé la tonalidad crítica, porque es lo que aleja un comentario escolar o un panegírico indecente de una aportación estimable. Pues bien, los textos coordinados por Daniel H. Cabrera, con un esfuerzo que ha de suponerse sobresaliente y selectivo, no esquivan el análisis de las implicaciones teóricas y críticas del concepto de imaginario socio-político que Castoriadis llevó a cabo. Me gustaría detenerme en

tres, haciéndolo con educada brevedad.

Las dos primeras no parecen presentar excesivos problemas, excepto si estuviéramos dispuestos a contrarrestarlas con discursos antagónicos o paralelos. No creo que sea oportuno hacerlo en este momento. Que Castoriadis concede prioridad al interés político más allá de lo que pudieran dictar las conveniencias económicas o instrumentales, o, si se quiere, que considera más fecundo, teórica y políticamente, prestar atención a las “relaciones de dominación y subordinación” (Pedrol, p. 67) es un aspecto que marcó su incombustible trayectoria. Como también es preciso reconocer que el análisis de la subjetividad como proyecto o como afecto es un segundo elemento fundamental de esa reflexión filosófica que, pretendiendo situarse en la otra ribera del platonismo, no renunció a la urgencia de expurgar la función de la filosofía: el artículo de Yago Franco, titulado para nuestra aceptación “Una subjetividad sin descanso”, abunda en esta concepción de la subjetividad-sujeto que es, ante todo, permanente producción constituyente que ha de jugar, como el propio Castoriadis reconocía en algunas de las entrevistas recogidas en *La exigencia revolucionaria*, huyendo de la señal oscura del izquierdismo, entre el horizonte de lo institucional y de lo subversivo. Puede comprenderse que ambas implicaciones deben provocar una polémica cuyo final y destino desconocemos.

Pero si algo quiero remarcar en relación a la producción de Castoriadis, asunto al que no son ajenos algunos de los artículos recogidos en *Fragmentos del caos*, es el carácter caótico de la política que podría derivarse de su conformación teórica. Consideración que podría remitirse, también y ahora, a Deleuze, Rorty, Foucault y Negri —entre otros muchos. Pero es preciso ahora ser sucinto e invitar a la reflexión. El problema es agudamente remarcado por Pedrol: “desde el plano filosófico, pese a los importantes fenómenos que señala, su enfoque adolece de una estructura conceptual confusa, derivada de los instrumentos con los que lo forja, que suscita algunos problemas o, cuando menos, cierta ambigüedad” (p. 83). ¿En qué se resume tal confusión? Ni más ni menos que en este asunto: la producción radical e indeterminada de lo imaginario no garantiza la proyección subversivo-anticapitalista. Como en algunos de los autores que se acaban de recordar, la reivindicación de la subjetividad

como afecto productivo no parece garantizar la realización de la autonomía socio-política. El problema planteado resulta escasamente opaco: la dimensión de lo imaginario no encuentra vínculo preciso con la subversión y la liberación de los personajes sombríos que malviven en las periferias múltiples de la geografía burguesa.

Pero Castoriadis nos situó ante el problema: vincular la producción del imaginario social y su concreción subversiva. Tal era la cuestión y el desafío que comenzó a diseñar en las páginas de *Socialismo o barbarie*: obviar el tema significa dignificar la *Barbarie*.

José Luis Rodríguez García
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Zaragoza
Pza San Francisco s/n
50009 Zaragoza
rogarcia@unizar.es